

**CONSIDERACIONES LITERARIAS EN TORNO
A EL PASO DE LOS ANDES DE GERÓNIMO ESPEJO**

Elena Calderón de Cuervo
Universidad Nacional de Cuyo

“Cuando una línea de montañas, por su elevación y aspereza, es al mismo tiempo que cordillera desierto, las dificultades que hay para pasarla son tales, que por el sólo hecho de vencerlas, se levanta el ejército un monumento de gloria inmortal [...] vamos a recordar ahora el paso de Los Andes por San Martín y el de los Alpes réticos por Macdonall, que son sin duda los dos pasos mas gloriosos que el mundo ha visto” (Francisco Villamartín, *Nociones de arte militar*, Madrid, 1862)

El texto que aquí nos ocupa se titula: *EL PASO DE LOS ANDES. Crónica histórica de las operaciones del ejército de Los Andes para la restauración del Chile en 1817* por el general Gerónimo Espejo (Antiguo Ayudante del Estado Mayor del mismo Ejército)¹. El ejemplar utilizado para este trabajo es el número 325 de un total de

¹ Editado en Buenos Aires, Librería “La Facultad” de Juan Roldán, 1916. El decreto de reimpresión, fechado en Mendoza el 3 de enero de 1917, está firmado por el gobernador Francisco S. Alvarez y firma como subsecretario de gobierno, Luciano Peltier. El texto en sí presenta muchas dificultades ortográficas (incluidos los acentos y las mayúsculas). Nos ha parecido conveniente, en las citas, corregir la ortografía y modernizar el uso de los acentos y mayúsculas. No hemos encontrado referencia a otra edición aparte de las aquí mencionadas.

500 que hiciera el gobierno de la provincia de Mendoza con el objeto de conmemorar el centenario del paso de la Cordillera de Los Andes por el ejército de San Martín. El libro, en rústica, está en muy buen estado y pertenecía a la biblioteca particular del procurador Polidoro Cuervo. El cotexto comprende una Advertencia del editor que da cuentas de una edición princeps de 1876 —sin agregar otro dato— y de un manuscrito original del autor, propiedad de don Juan Canter y agrega la referencia que Francisco Villamartín hizo en su libro *No- ciones de arte militar* de 1862 de donde hemos extraído el epígrafe. Esta obra fue publicada hacia 1876 y en ella el general Gerónimo Espejo, según él mismo afirma en el Prólogo, recopiló apuntes propios escritos en la marcha de los acontecimientos que completó, posteriormente, con toda clase de documentos emergidos de ese glorioso suceso.

De muy diversa índole son los asuntos tratados por Espejo en este denso volumen en el que el paso del Ejército Libertador por la cordillera de Los Andes no se yergue como acontecimiento único. Más aún, se podría afirmar junto con Guillermo Furlong², que, tratándose de una obra de consulta insoslayable, no es demasiado extensa en el asunto concreto del paso de Los Andes.

De acuerdo con esto, es nuestro propósito, posicionándonos en el punto inicial de la enunciación, intentar dar cuentas de los fines y aspectos de la complejidad de su construcción. Admitiendo, claro está, que las líneas esenciales para la interpretación de un texto nacen de los componentes histórico-biográficos del contexto tanto como de las orientaciones teóricas y de la práctica de discurso del enunciante.

1. El historiador.

Gerónimo Espejo entra como cadete en el cuerpo de ingenieros del ejército que el General José de San Martín organiza en Mendo-

² Guillermo Furlong. *Historia del Paso de Los Andes*. Buenos Aires, Huemul, 1964.

za en 1815, cuando tenía alrededor de catorce años. No obstante su corta edad, forma parte del grupo de oficiales del prestigioso ejército³ y tiene, desde un primer momento, un gusto especial por dejar constancia de los acontecimientos que le ha tocado en suerte presenciar, según él mismo lo dice en la Advertencia con que inicia su historia:

“Desde los primeros tiempos de mi entrada al servicio militar, 1815-1816, tuve una inclinación intuitiva a la crónica de las ocurrencias de la carrera que había adoptado como oficio, inclinación que fue desarrollándose por grados, cuanto más extraordinarios eran los sucesos que se ofrecían a mi individualidad inexperta. Me propuse llevar un diario personal de lo concerniente al servicio, y en especial, de lo que presenciara o llegase a mí noticia acerca de la situación del ejército y sus operaciones”⁴. (p.5)

Desde lo estrictamente intencional, Espejo justifica su historia en la necesidad de rectificar relatos anteriores:

“Muchos publicistas se han ocupado antes que yo de El Paso de los Andes, pero, más como incidencia indispensable a descripciones históricas con diversos propósitos. En este sentido creo que han hecho uso de los datos escritos de ese lejano

³ Dice al respecto de la formación del cuerpo de oficiales de Granaderos a caballo el Coronel Bartolomé Descalzo: “Los Oficiales procedían con preferencia de las familias más cultas, que entonces eran también las más ricas (Documento 13). También un granadero raso podía llegar a ser Oficial. Muchos de ellos llegaron a Jefes, como José Félix Bogado [...] En los ascensos primaban los servicios prestados, no la procedencia”. En: *La Acción de San Lorenzo. 1813 -3 de febrero-1943*. Buenos Aires, 2a Edición, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1948.

⁴ De ahora en más se cita el texto de Espejo con la sola indicación del número de página.

entonces, sin investigar el grado de fe que mereciesen algunos menudos accidentes, que no poco influyen a veces en el criterio de hechos de ese género. Y bien puede decirse sin ofensa de ninguno, que inocentemente han ido copiándose unos a otros, sin fijarse en que, si los primeros aceptaron una aseveración no bien definida, han contribuido indeliberadamente a legar a la posteridad un error con el barniz de verdad histórica". (p.9)

Y funda el criterio de verdad histórica en el testimonio de su propia persona:

"Mi intención hoy es algo más elevada. Es presentar la verdad en la forma que la concibieron mis sentidos, cuando fui testigo ocular de esos sucesos".(p.9)

De esta manera, en virtud de este axioma fundamental: la necesidad de reconstruir la historia de los acontecimientos de acuerdo con la propia testimonial, podría considerarse a Gerónimo Espejo como un cronista, a la manera de los cronistas de Indias. Más aún si se tiene en cuenta que él mismo forma parte de los hechos que narra. Pero hay una serie de factores, de construcción del discurso historiográfico como de comprensión del sentido de la Historia como disciplina envolvente, que marcan respecto de la crónica hispanoamericana del siglo XVI, una distancia considerable.

2. La historiografía

En su trabajo sobre la historiografía española de América, Arnoldsson⁵ la divide en dos etapas: "moralizadora" y "racionalista". La

⁵ Sverker Arnoldsson. *Los momentos históricos de América según la historiografía hispanoamericana del período colonial*. Madrid, Editora Nacional, 1956.

primera se inicia, según el autor, a partir del contacto de los españoles con los indios y se prolonga hacia fines del siglo XVII, cuando va concluyendo el combate contra la idolatría. Está marcada por el planteo ético-religioso que se halla en la base de los textos que la componen y resuelven el problema de la historia desde una perspectiva providencialista. La segunda etapa, a la que Arnoldsson denomina "historiografía racionalista", comienza "tímidamente" con la ilustración del siglo XVIII, pero culmina a fines de ese siglo y primeros años del XIX. Se caracteriza por una notable preocupación por la cantidad y calidad de las fuentes históricas y un interés predominante por los problemas de tipo económico. Este giro en la valoración del orden de las causas, pone de manifiesto, a nuestro criterio, un cambio en la manera de concebir la Historia: la antigua concepción cristiana providencialista es reemplazada por una gradual secularización del pensamiento que intuye un progreso gradual, pero ininterrumpido, en el devenir de los tiempos gracias a los principios sustentados por el Iluminismo y el auge de la economía. Céspedes del Castillo⁶ denomina a la primera etapa "historiografía indiana" y a la segunda "historiografía de Ultramar", englobando en ella el americanismo decimonónico hasta 1898, conservando un criterio "peninsular" en virtud del cual los textos producidos en América serían, de muchas maneras, subsidiarios de aquellos producidos en España.⁷

El cronista de Indias, e inclusive el historiador de este primer período, pertenece de lleno al tiempo que describe y se puede afirmar que sus escritos resultan, de una manera general, relato puro, narración escueta de sucesos puesta al servicio de una idea principal que

⁶ Guillermo Céspedes del Castillo. *Textos y documentos de la América hispánica (1492-1898)*. Barcelona, Labor, 1986.

⁷ No es mi interés entrar en discusión al respecto, pero, me pregunto: si los textos literarios de la época producidos en Hispanoamérica conservan una relativa pero importante independencia de aquellos producidos en la Península (pienso en la novela romántica) ¿qué impide que pueda extenderse este concepto a los textos historiográficos, teniendo en cuenta esa íntima relación que existe entre la literatura y la historia en ese período?.

se erige como argumento dirimente del discurso: ya sea que ese tópicos aglutinante soy "yo mismo", escritor y autor de los hechos, la necesidad y posibilidad de la evangelización, o la exaltación de una determinada orden religiosa. El tono resulta, pues, apasionado, parcial, siempre contra alguien o algo o a favor de alguien o algo. No obstante, este argumento se apoya sobre tres pilares temáticos infaltables: una profunda religiosidad, la trasposición de la idea del Nuevo Mundo y un arrogante etnocentrismo:

"No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo e industria han conquistado y descubierto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles".

La arrogancia hispana afecta incluso a cronistas indios y mestizos y se encuentra tanto en Felipe Huamán Poma de Ayala como en el Inca Garcilaso.

Si la conquista y la lucha espiritual contra la idolatría proporciona el foco central de la historiografía indiana, las guerras por la independencia nuclea el discurso historiográfico del segundo período. Concebidos ya bajo los auspicios del liberalismo, los relatos historiográficos se convierten en un arma al servicio de causas políticas, tal y como lo postulaba el programa histórico y revolucionario del romanticismo. El escritor reclama para sí una responsabilidad histórica y social preponderante, al menos ante sus propios ojos. De ahí el renovado interés por documentarse, por reunir nuevas y más fidedignas fuentes de información, por manejarlas con mayor rigor y eficacia, siguiendo el ejemplo de Feijóo⁹. El periodismo se convierte a la vez en

⁸ Arenga de Cortés a sus soldados luego de la "noche triste". En: Francisco López de Gómara. *Historia de la conquista de México*. Caracas, Ayacucho, 1979. p.89.

⁹ Cfr. Céspedes del Castillo. *op. cit.* p.xxxvi

fuelle y en molde de la retórica historiográfica. Aparecen, y esto nos interesa particularmente, las memorias de jefes militares, de personajes políticos y de quienes fueron ambas cosas a la vez. Este tipo de escritos presenta los rasgos autobiográficos y los propósitos de autojustificación que caracterizan al género desde siempre pero acrecentado con toda esa acumulación de documentación que definió la historiografía positivista. En este sentido, el género epistolar se cultivó con especial interés. El abaratamiento relativo del papel, las inmensas distancias que entre América y Europa o entre las distintas regiones americanas hacían inviable cualquier medio de comunicación que no fuese el mensaje epistolar, constituyen, junto a otra serie de factores, las principales causas que determinaron, a partir del siglo XVI, un creciente uso de la escritura no sólo en la administración pública y eclesiástica, sino también entre los particulares¹⁰. Estos "papeles privados" han tenido distinta suerte pero se puede afirmar que el afán coleccionista se desarrolló con mayor intensidad en el siglo XIX. Por su número, extensión y contenido, las cartas de ciertos personajes, tanto de primera como de última fila, equivalen a verdaderas y detalladas memorias. En algunos casos, la forma epistolar sirve de tipo discursivo sobre el que se ordena la narración historiográfica, pero, por lo general, en los textos con los que formarían una pequeña familia (la obra de John Miller, *Memoirs of General Miller in the service of the Republic of Peru* de 1829, colaborador del ejército de San Martín y de Bolívar; de Gerónimo Espejo, *El Paso de los Andes*, cuya fecha de producción se ubicaría entre 1817 y 1856 y las memorias de Ignacio Fotheringham, *La vida de un soldado*, centradas en los episodios de la guerra contra el Paraguay y otras acciones del ejército nacional, entre otros), las cartas aparecen adosadas a la materia narrativa con el objeto de confirmar o explicar alguna circunstancia.

Por mucho que se lo pretenda, este grupo de escritos a los que podríamos llamar "memorias" de soldados sobre las guerras de la Inde-

¹⁰ Idem. Céspedes del Castillo trata este punto bajo la denominación de *Documentos privados*.(p.lx).

pendencia o acciones militares posteriores, no tienen un molde común que los identifique. No constituyen, propiamente hablando, un género. Surgen al abrigo de las circunstancias, con el propósito -en general- de enmendar una opinión tergiversada de los hechos y de rescatar, para la posteridad, una verdadera dimensión de los "héroes" comprometidos en sus relatos. Es muy frecuente leer en *Espejo* afirmaciones como ésta (refiriéndose al arribo de San Martín a Buenos Aires):

"Varios publicistas han asentado que su arribo fue el 13 de marzo de ese año [1812]; y cabalmente esta afirmación es uno de los puntos en que se funda la advertencia que encabeza este escrito, para decir 'que inocentemente han ido copiándose unos a otros y contribuido a legar a la posteridad un error con el aspecto de verdad histórica'. La diferencia de días más o menos en incidencia tan poco sustancial, sería cuestión hasta cierto grado insignificante: pero siendo la estrictez de la verdad nuestro principal punto de mira vamos a hacerla tangible transcribiendo el dato oficial arriba citado" (p.15).

Y a continuación transcribe la página de la *Gaceta de Buenos Aires* número 28 del viernes 20 de marzo de 1812, en donde se confirma que el 9 de marzo del mismo año ha llegado "a este puerto la fragata inglesa 'Jorge Conning' procedente de Londres" en la cual venían, entre otros, "el Teniente Coronel de caballería don José de San Martín, primer ayudante del campo del general en jefe del ejército de la Isla, Marqués de Coupigny" (p.15-16). Esta misma intención rectificadora se aplica a la fama de los personajes históricos comprometidos. A través de una carta de Daniel Beltrán del Villar aparecida en *El Censor* del jueves 17 de abril de 1817, *Espejo* da a conocer la actuación especialísima del General San Martín en la batalla de Chacabuco:

"[...] He leído el parte de mi general el señor San Martín al Director Supremo del Estado detallando la acción de Chacabuco y me ha sorprendido se haga en él referencia de todos los jefes y oficiales del ejército, como si hubieran concurrido a la

memorable acción del 12 de febrero [...] He visto a dos sarracenos referir la batalla, dando por hecho que todo el ejército con cerca de 4.000 hombres se batió contra la división de Maroto de 2.000 de fuerza, y a la verdad, si se está al tenor del parte, es preciso creerlo o reventar. Es pues de interés nacional y de nuestro honor, que todo el mundo se instruya del suceso como realmente tuvo lugar, para que resalte la magnanimidad del General y el nombre de las armas de la patria. Debe V. saber que el General San Martín [...], dividió el ejército el día 12 al amanecer de la forma siguiente: el batallón n.º 11, el de cazadores, las dos compañías de Granaderos de los batallones 7 y 8, las de cazadores de ídem, la escolta del General, el 4 escuadrón de Granaderos a caballo y 7 piezas de artillería, al mando todo del brigadier Soler; y otra división de cuatro compañías de fusileros del 8, cuatro del 7, tres escuadrones de Granaderos a caballo y 2 piezas de artillería a las órdenes del brigadier O'Higgins, en la que se hallaba el general, constando toda ella de poco más de 1.000 hombres [...]. El enemigo fue desalojado de la altura a la primera marcha del General [...] pero reconocida nuestra fuerza por Maroto, la mitad menor que la suya, tomó repentinamente la ofensiva y el General se vio forzado a decidir la acción con la espada [...] resolvió cargar con su caballería y a la cabeza de los escuadrones se fue sobre los enemigos y los deshizo, completando la acción la bayoneta de la infantería de O'Higgins, sin que lo principal del ejército hubiera tenido parte en ella." (p.561-562)

Como en la etapa anterior, el historicismo autobiográfico se construyó sobre bases temáticas. Para este período dos son los temas que aparecen con nitidez: la exaltación de los nacionalismos hispanoamericanos recientes —que resulta en muchísimos casos un verdadero regionalismo— y el culto a los próceres de la independencia.

Esta brevísima síntesis no tiene otro propósito que la de ubicarnos en el marco de la expresión historiográfica con el objeto de precisar nuestras observaciones respecto del texto particular que aquí nos ocupa.

3. El texto

La obra de Espejo está concebida en seis capítulos: el primer capítulo, titulado "Preliminares" por su autor, contiene abundantes datos biográficos de San Martín, la situación de Chile hacia 1813 y las primeras disposiciones del General al establecerse en Mendoza como gobernador de la provincia de Cuyo. El capítulo dos se refiere a la organización del Ejército de los Andes; el capítulo tres da cuentas de la apertura de la campaña y el cuatro está destinado a relatar hasta en sus menores detalles la batalla de Chacabuco. El capítulo quinto, titulado por Espejo "Entrada a la capital de Santiago", está compuesto por una serie de documentos, datos de otros historiadores (Amunátegui y Barros Arana especialmente) y reflexiones personales sobre la situación de la sociedad chilena luego de la reconquista. El capítulo seis presenta una serie de "Observaciones" sobre el ejército unido chileno-argentino; sobre la bandera de Los Andes; sobre la campaña de Los Andes; sobre el primer mandatario de Chile: General Bernardo O'Higgins y sobre los sables de los granaderos. La edición que manejamos finaliza con un "Apéndice" que aporta una serie de documentos: el parte de la batalla de Chacabuco de San Martín al gobierno de Buenos Aires, la nómina de jefes y oficiales de Chile que pasaron Los Andes en la campaña, el Acta de reelección del General San Martín en Rancagua y la memoria que Tomás Guido presentó al gobierno de Buenos Aires el 20 de Mayo de 1816 recomendando al General San Martín y su plan de reiniciar la recuperación de la América del Sur por Chile.

Si bien a una primera lectura, la organización externa de los capítulos mantiene una unidad cronológica, es confusa la presentación interna de la materia argumentativa, aún para quien enfrente el problema del texto con un criterio puramente histórico. La acumulación de documentos de diversa índole tanto como la referencia constante a temas y problemas de contexto hacen que la retórica historiográfica se exceda en amplificaciones que desvían la atención sobre el problema central. Proponemos, entonces, una segunda lectura, que intente comprender la cuestión de la naturaleza del texto en función de aquel

aspecto esencial que la literatura llama intención del autor . En este sentido, dos son los puntos a considerar: la enunciación y el trayecto temático.

3.1. La enunciación

Habrá que tener presente, en la crónica de Espejo, que la primera persona, que se postula como punto de arranque de la enunciación, no siempre mantiene su condición de eje estructurante del discurso. Por momentos, el “yo” se manifiesta en una dimensión íntima, netamente autobiográfica que transfiere un tono de nostálgica evocación en los cuadros presentados:

“El General San Martín tuvo también noticia de ese trabajo [sus escritos], y me llamó para pedirme explicaciones. Se las di con los pormenores que la prudencia y el respeto me imponían. Nada dijo en ese momento pero, quizá de ahí resultó que se me nombrara después Tercer Ayudante del Estado Mayor del Ejército expedicionario al Perú, con el encargo especial que se me encomendara el DIARIO DE OPERACIONES. Me consagré con placer y dedicación a su desempeño, que tan en armonía estaba con mis inclinaciones. De cuando en cuando el mismo General lo revisaba quitando o añadiendo asuntos o detalles y después de depurado, lo trasladaba en limpio al LIBRO DE ANALES del Estado Mayor, reservando el borrador para mí. Conservé este libro con la estimación de un verdadero tesoro y, cuando en 1824 me vi forzado a restituirme del Perú al suelo patrio, lo traje acompañado de un sinnúmero de papeles históricos de esa memorable época que para mí terminaba.” (p.6)

Y, en otras secuencias, la distancia marcada por el sujeto enunciante propone un matiz de intencionada objetividad en virtud del cual se perfila el historiador neto:

“En la noche de la batalla fueron repetidos los avisos que llegaban a nuestro campamento de la confusión y alarma que había producido en Santiago la derrota de los españoles, mereciendo más crédito el de uno de los espías de confianza del General, que aseguraba haber visto salir en fuga, por el camino de Valparaíso, al Presidente Marcó y muchos de los principales empleados. En el acto el General mandó que el capitán graduado don José Aldao marchara sin dilación con una partida de 30 granaderos, en los mejores caballos y con repuesto de algunos más a perseguir a los prófugos cualquiera que fuese la dirección que llevaran. Al mismo tiempo se ordenó que al despuntar el día el ejército se pusiera en marcha sobre la capital para contener, si necesario fuese, los desórdenes que el populacho pudiera cometer prevalido de la confusión que se anunciaba; y el General lo notició al gobierno de Buenos Aires por el siguiente oficio, que se publicó en la ‘Gazeta Extraordinaria’ del 27 de febrero: ‘Exmo. señor. Son las seis de la mañana y repiten tanto las noticias por diversos conductos de que Marcó ha fugado para Valparaíso que no nos es posible dudarle. Mañana mismo ocupo la ciudad de Santiago.’” (p.565)

Lacónica manera por medio de la cual Espejo informa sobre la gloriosa victoria de Chacabuco, clave de la independencia de Chile y que contrasta con el tono con el que hiciera referencia, páginas antes, a la eficacia de los soldados de San Martín:

“Los estragos que causaron los sables de los granaderos cuyanos se conserarán tanto cuanto dure el recuerdo de su nombre. Además de los que refieren los señores Amunátegui, nosotros encontramos en el campo entre diversos despojos humanos, una cabeza separada de su tronco.” (p.563)¹¹

¹¹ Recordemos que Espejo participó en la batalla de Chacabuco, en el batallón de infantería que estaba bajo las órdenes del General O’Higgins. La infantería entró en combate luego de haberse producido la carga de caballería. “a degüello” como se usaba en esa época, así es que muy bien pudo ver el joven soldado los efectos del ataque de los granaderos.

O, más aún, el relato del negro veterano que se encuentra líneas más abajo:

“El año 1848 conocimos en Lima un negro viejo, africano, que vendía velas por la calle, a quien los muchachos habían puesto el sobrenombre *Ya murió*, y lo habían medio enloquecido mofándole con este apodo alusivo a la persona de San Martín. Examinándolo un día con este motivo, nos refirió en ese lenguaje chapurrado que usan ‘que en Buenos Aires fue uno de esos libertos que se determinaron al servicio militar; que había sido soldado número 8; que en el ejército de los Andes había hecho las campañas de Chile y del Perú; que cuando la capitulación del Callao, él se encontraba muy enfermo en el hospital; que se había hallado en varias acciones y guerrillas y en especial en la batalla de Chacabuco; y para comprobarlo, sacó del bolsillo un papel en que conservaba envueltos *los bigotes de un talavera*, que después de haberlo volteado de un bayonetazo y muerto de un balazo, le había cortado el bigote con labio y todo, diciéndole ‘*no queré azuca, pues tomá azuca*’ aludiendo a las conversaciones que el General San Martín les hacía en el campamento de Mendoza para entusiasmarlos”. (p.565)

No sólo el tono festivo con que en el recuerdo del soldado aparecen los detalles más cruentos sino también la manera de reproducir el estilo paratáctico de la narración oral hacen de este cuadro uno de los más felices del relato de Espejo.

Se advierte, entonces, una oscilación del foco en que se ubica el punto de vista, y éste, además, amplía el marco de observación hacia una perspectiva más objetiva gracias al apoyo de documentos (cartas, relevamientos, memoriales y otros textos que Espejo va adosando a su historia). Por otra parte, habrá que tener en cuenta, también, que si bien el caudal autobiográfico en la relación de Espejo es grande, el problema histórico no está centrado en su persona. El autor se posiciona en el relato como observador privilegiado de los acontecimientos.

tos y árbitro, si se quiere, de las circunstancias derivadas de éstos: no escasean los juicios críticos sobre la relación de San Martín con Alvear, sobre el fatal conflicto con los Carrera tanto como sobre la situación de Cuyo y particularmente de la ciudad de Mendoza antes, durante y después de la campaña libertadora.

Un singular ejemplo de la manera con que Espejo arbitra la información que va adosando a su historia, lo constituye el pasaje en que traspone esa composición que un soldado de la tropa hiciera sobre la victoria de Chacabuco:

“Un poeta rústico de esos que no escasean en las muchedumbres argentinas, un soldado del Regimiento de Granaderos a caballo, para transmitir a sus camaradas y compatriotas la tradición de ese hecho a que contribuyó con su brazo, compuso una redondilla que glosó en su estilo vulgar y dijo:

Día doce de febrero
 Entre la una y las dos
 Se dio la primera voz,
 A sable los granaderos.
 En Chacabuco empezó
 Poco a poco el tiroteo,
 Hasta que con más aseo
 Vivo fuego se encendió.
 Un duro cuadro formó
 El enemigo severo,
 Haciéndonos muy ligero
 Tal resistencia, de modo
 Que quiso perderlo todo
 Día doce de febrero.” (p. 550)¹²

¹² Nos preguntamos quién es este “cantor rústico” al que Espejo conoce bien: sabe qué pertenece al cuerpo de Granaderos, que participó activamente en la batalla de Chacabuco y que es dado a componer canciones. Siendo nuestro autor tan amigo de detalles ¿porqué en esta ocasión oculta el nombre? ¿es él mismo?

Cuánto sugiere esta escena de su convivencia con la tropa, de fogones, de canciones y recuerdos. Pero Espejo no deja expandir esta veta intimista, e inmediatamente inserta el párrafo en el esquema de su supuesta imparcialidad objetiva:

“Como acaba de verse en estas estrofas, el soldado fijó la hora de la carga que su regimiento dio a la caballería enemiga, así como la formación del cuadro con que la infantería se preparó a resistir los nuevos golpes que temía al encontrarse aislada en el campo”.(p. 551)

Por otra parte, si bien Espejo apoya el criterio de verdad sobre su testimonio personal, reconoce que el dominio de la verdad histórica está en el consenso de todos aquellos que participaron de los hechos ya sea con su persona o con su discurso. En un pasaje del capítulo uno, tratando el tema de José Miguel Carrera, cita nuestro autor la *Historia general de la Independencia de Chile* en la que Barros Arana, basado en el Diario militar del jefe chileno, lo justifica en el conflicto de 1814 y desprestigia la figura del General Juan Gregorio de Las Heras. Luego de exponer los documentos del prestigioso historiador, Espejo aclara:

“Esta es la reseña que en la *Historia general de la Independencia de Chile* se hace, al dar fin a la descripción de la campaña de 1814, pero nosotros, llevándo adelante la idea de dar su lugar a la verdad de los hechos y comprobarla con documentos de notoriedad, creemos de nuestro deber, agregar aquí una ligera observación”.(p. 196)

Cita, a continuación un documento que poseía la hija de Las Heras, doña Rosalía Gregoria de Las Heras, relativo a la foja de servicios del ya desaparecido general y en el que el capitán Federico Jorge Bunster da cuentas de que en la cuesta de Los Papeles fue el General Las Heras “quien sostuvo la retirada y protegió la emigración de patriotas que se dirigían a Mendoza”. Inmediatamente Espejo re-

toma su diálogo con Barros Arana y le recuerda que él mismo sostiene en la página 97 del tomo III de su *Historia*, cuando trata el asunto de Carrera con O'Higgins que " todos estos sucesos [haciendo referencia al desprestigio que Carrera hacía de O'Higgins] han sido casi completamente desfigurados en el manifiesto de Carrera, dado a luz en Buenos Aires en 1818 y en unos artículos publicados en "El Araucano" contra el General O'Higgins" . "En vista de esto", continúa Espejo, "nosotros juzgamos [...] que "no es inverosímil presumir [...] que en este punto también (se refiere al asunto con Las Heras) merecía una rectificación el diario militar de Carrera" (p.197).

De esta manera, el autor va organizando un entramado dialéctico con toda la documentación contemporánea a los sucesos referidos en el que él se reserva al papel de mediador. La materia argumentativa aparece, entonces, bajo la forma de una polémica discursiva cuyo dato residual cae sobre la recepción quien es, en definitiva, la que tiene la propiedad de emitir el juicio crítico:

"Dejamos al lector la tarea de abrir juicio sobre el paralelo a que se prestan estos datos". (p.198)

La marcha vacilante del yo, la presencia abrumadora de esa enorme variedad de discursos tanto como la coexistencia paralela de los planos anecdóticos y documentales, hacen imposible reconocer al punto de vista instalado en la primera persona como un axioma en la organización de la obra. Esta movilidad del asiento de la enunciación, en consecuencia, hace que el eje estructurante del texto vire hacia otros aspectos.

3.2. El trayecto temático

Si la oscilación del sujeto enunciante no le otorga al texto su unidad vertical, obligada en toda estructura que está fuertemente apoyada en la primera persona, dos temas recurrentes lo ordenan en una dimensión horizontal: el retrato heroico del General San Martín y el

rescate de los méritos que han de serle reconocidos a la provincia de Cuyo quien contribuyó con su haber, su voluntad y su sangre a la causa libertadora.

3.2.1. El héroe

En ningún otro lugar y momento de Hispanoamérica han estado tan íntimamente entrelazadas la literatura y la historia como en la Argentina de la época de la Independencia y sus epígonos. Los poetas y narradores más importantes (Mármol, Echeverría, Mitre, Sarmiento) asimilaban ávidamente los escritos de los historiadores; muchos de ellos escribieron ensayos socio-históricos y todos incorporaron los conceptos y procedimientos de la historia del momento en los temas y estructuras de sus principales obras de imaginación. "Nuestros hombres de letras fueron, pues, por regla general, hombres de acción"¹¹, y concedieron a la literatura un lugar prominente en sus sistemas políticos.

Si los apuntes que sirven de base a la materia argumentativa de la crónica de Espejo corresponden al período del joven soldado, la organización definitiva del texto y los temas e ideas centrales sobre las cuales lo construye pertenecen, sin dudas, al momento de su edición definitiva. Es alrededor de 1876 cuando el escritor maduro apela a su criterio intelectual para justificar su obra. No es descabellado suponer que, en esta organización definitiva, nuestro autor se manifieste afín a las ideas románticas. Y de acuerdo con ellas, conciba el tópico central sobre el que está montada la estructura del texto: la configuración heroica del General San Martín.

¹¹ Son las palabras con que Pedro Henríquez Ureña califica a la generación que incluye en el Romanticismo. Agrega, para corroborar su opinión: "Buen número de ellos llegaron a ser presidentes en sus repúblicas. Muchos, ministros de gobierno [...] Los poetas de la guerra de la independencia habían descubierto la utilidad pública de la poesía y hasta las odas en que Bello proclamaba nuestra aspiración a la autonomía intelectual fueron una manera de actividad política". *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1945. p.120.

Fue especialmente el credo estético-político del romanticismo inglés y su consecuente identificación de poesía y revolución el que más influyó en el pensamiento emancipador americano. Si los poetas ingleses –Shelley particularmente– pudieron no haber sido conocidos de primera agua por la generación a la que Espejo pertenecía, se puede afirmar que su credo estuvo presente en todos los movimientos revolucionarios que partieron de Inglaterra. Que los fundamentos ideológicos de la causa libertadora sudamericana tenían su origen en Inglaterra, es el mismo Espejo quien lo afirma al hablar de la Logia Lautaro a la que, dice nuestro autor, pertenecía no sólo el General San Martín, sino todas las figuras principales de la emancipación americana, desde Francisco Miranda en adelante¹⁴.

Es, pues, bajo los cánones del más genuino romanticismo revolucionario, que Espejo concibe la figura heroica del Libertador:

“San Martín fue, en nuestra humilde opinión, como el *Mesas regenerador* que el destino había deparado a la causa de la emancipación americana”. (p.17)¹⁵

Y en este sentido también, establece la semejanza entre San Martín y Napoleón:

“[...] vamos a referir una coincidencia que hemos encontrado entre los pensamientos de San Martín y los de otro insigne guerrero cuyo nombre ya lo ha inscrito en sus tablas la inmortalidad.

¹⁴ El asunto de la Sociedad Lautaro o Caballeros Nacionales, como la llama Espejo, ocupa gran parte de los Preliminares. En este caso, es con la *Historia* de Mitre con la que nuestro autor entabla el diálogo crítico que hemos señalado como un rasgo típico de su discurso. Así, afirma con Mitre que “En Londres estaba lo que podía llamarse el Grande Oriente político de la asociación; y de allí partían todas las comunicaciones para la América”. (Espejo, *op. cit.*, p.24).

¹⁵ El subrayado es del autor.

Cuando [...] leíamos las máximas y pensamientos de Napoleón el grande, dos entre ellas llamaron nuestra atención por referirse a la materia que nos ocupa. En la primera de ellas, dice: 'El genio militar es don del cielo; pero la calidad más esencial de un general en jefe es, la firmeza del carácter y la resolución de vencer a toda costa'; y en la segunda, dice: 'El secreto más importante de la guerra consiste en apoderarse de las comunicaciones'. No no es dado asentar, si en los años 1815, 16, Napoleón había escrito estos axiomas ni si la prensa de Europa los hubiera dado a luz, pero sí podemos afirmar como testigos presenciales que San Martín los puso en práctica en América cuando organizaba el ejército de Los Andes en Mendoza. Coincidencia singular, que, quizá no se repita muchas veces, que una persona tenga algunos pensamientos en un hemisferio y que otra esté desarrollándolos en el opuesto". (p.341)

Romántico es también el gusto por encontrar, en los más pequeños detalles de los rasgos físicos o espirituales, los trazos del héroe:

"El general San Martín, era de una estatura más que regular; su color moreno, tostado por las intemperies: nariz aguileña, grande y curva: ojos negros, grandes y sus pestañas largas: su mirada era vivísima, que al parecer simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza: ni un solo momento estaban quietos aquellos ojos: era una vibración continua la de aquella vista de águila: recorría cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo y hacía un rápido examen de las personas, sin que se le escaparan aún los pormenores más menudos. Este conjunto era armonizado por cierto aire risueño, que le captaba muchas simpatías [...] La boca era pequeña: sus labios de regular grueso, algo acarminados con una dentadura blanca y pareja: usó en los primeros años un pequeño bigote y patilla corta y recortada: ésta fue su costumbre general, desde que fue de Intendente a Mendoza. Lo más pronunciado de su rostro, eran una cejas arqueadas, renegridas y bien pobladas." (pp.31-32)

Se podría establecer una comparación bastante puntual del retrato que hace Espejo de San Martín y aquel otro que hiciera en 1803 José Joaquín Olmedo sobre su propia persona —Mi retrato—¹⁶, dedicado a su hermana Magdalena. Con un ritmo lento, casi prosaico, va destacando cada rasgo de su figura: el cuerpo, mediano, ágil, el cabello, la frente, “espaciosa/ como hombre de provecho”, las cejas “bien pobladas” y, debajo de ellas, la importancia de los ojos, “que es lo mejor que tengo”. La boca, los labios, los dientes, blancos y parejos - “y de todo me río/para que puedan verlos”- se ordenan en forma similar en uno y otro autor. Hasta el detalle de la manera de vestir “siempre de negro” en oposición con el de sus abuelos, llenos de “blasones ilustres”, de “insignias” y “blonda peluca”, coincide con el que Espejo describe del Libertador, haciendo resaltar, precisamente, la sencillez de su grandeza:

“Su traje por lo general era de una sencillez republicana. Vestía siempre en público el uniforme de Granaderos a caballo, el más modesto de todos los del ejército, pues no tenía adornos ni variedad de colores como otros cuerpos usaban en aquel entonces”.(p.33)

Cuando salía de paseo, por las tardes, continúa nuestro autor, lo hacía “en un alazán tostado, rabón, a la corva, con la crin de la cerviz atuzada de arco como dicen los aficionados” y , en otras oportunidades, “en un zaino oscuro de cola larga y muy abundante”.(p.34)

Igualmente prolija es la descripción del carácter:

“En el trato social era muy afable y atento, lo que comúnmente se llama un hombre amable y simpático.” (p.37)

¹⁶ Cfr. José Joaquín Olmedo. *Poesías completas*. Texto, prólogo y notas de Aurelio Espinosa Pólit. México, Fondo de Cultura Económica, 1947. p.17 sq.

Pero el dato esencial con el que Espejo lo define es “el valor personal en los combates”, pues “esgrimía su sable como el más intrépido soldado” (p.39)¹⁷.

Si Olmedo justifica la batalla de Junín en función de la figura heroica de Bolívar y Sarmiento explica los elementos retrógrados de la Argentina a través de la “sombra terrible” de Facundo, no es aventurado suponer que Espejo acredite el mérito de la campaña libertadora, con todos los cambios en el horizonte socio-histórico que esto significa, en la persona de San Martín, a la que proyecta en la dimensión del arquetipo heroico del romanticismo:

“Ese genio extraordinario supo dominar los hombres, los pueblos, las situaciones y hasta la naturaleza misma. Parecía haber hechizado a los mendocinos: tal era la afección que le profesaban. Era prudente, astuto y sagaz para todas sus combinaciones, pero usaba de estas cualidades con la nobleza y lealtad que es dado a los espíritus de alto temple. Poseía en alto grado el don de mando y esto explica la popularidad que supo conquistarse en los pueblos en que ejerció poder o en que hizo la guerra y que tanto contribuyó a sus triunfos”.(p.40)

En función del retrato ha de ser entendido, entonces, el ordenamiento que el autor hace de la *narratio*: la organización del cuerpo de Granaderos a caballo y el combate de San Lorenzo, la actuación de San Martín como intendente de Cuyo, la organización del Ejército de Los Andes, las incontables anécdotas que figuran en el texto y a pie de página, la victoria de Chacabuco, la toma de Santiago, el pacto de Rancagua y, en fin, todos los hechos narrados ya que están puestos con el fin de hacer resaltar la figura del gran General.

¹⁷ En este punto la comparación con Olmedo podría apoyarse en *La victoria de Junín*, teniendo en cuenta que el poeta, lo que más destaca de Bolívar es precisamente, su valor en el combate: “Tal el héroe brillaba/ por las primeras filas discurrendo./ Se oye su voz, su acero resplandece./ do más la pugna y el peligro crece./ Nada le puede resistir...” (Olmedo, *op. cit.* p.131)

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que cuando Espejo organiza este texto, San Martín ha muerto y, además, la recepción no es del todo favorable a la figura del Libertador a pesar de que ya ha aparecido la *Historia de San Martín* de Bartolomé Mitre.

Dos son los temas que, a nuestro parecer, Espejo amplifica con el objeto de reponer la imagen del gran General: el de la “misteriosa influencia” de la Logia Lautaro, por un lado, y la rivalidad con José Miguel Carrera por el otro, que nuestro autor intuye singularmente vinculados. El análisis de estos dos temas nos significaría, salir del marco escueto de este ensayo y, además, entrar en un problema que, aun para los historiadores ocupados del caso, no pasa del plano de las hipótesis. Conviene aclarar, por otra parte, que Espejo no hace ninguna afirmación: presenta los datos que ha podido reunir, como es su costumbre, y deja que la recepción obtenga sus conclusiones.

3.2.2. Los méritos de la Provincia de Cuyo

Si en el nivel estructural es el retrato de San Martín el que actúa como eje conductor, en el plano de la intencionalidad es el reclamo que Espejo hace al reconocimiento de los méritos de Cuyo el que ordena la argumentación.

“La situación de la provincia de Cuyo era excepcional sin paralelo en la República Argentina, en la época de que nos ocupamos. Nos hacemos un honor en declararlo creyendo llenar un acto de justicia. Y para que no se atribuya a efecto de mera pasión localista, se nos ha de permitir una ligera comparación. La provincia de Salta que era la única que por entonces estaba amagada desde el Alto Perú por otro ejército realista, era desemejante en su conjunto. La masa, en verdad, fue decididamente patriota [...] pero no ofreció las escenas que la de Cuyo en los años 1815-16”. (p.330)

Esta situación “excepcional” a la que hace referencia, ha sido ya descripta páginas antes:

“Los pueblos de Cuyo eran entonces incomparablemente más pobres que algunos otros del Estado. Por ejemplo: los de Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy mantuvieron hasta 1810 un activo comercio de mulas con el Alto y Bajo Perú [...] los del litoral donde estaba la principal y única aduana, que atesoraba los derechos de la importación y exportación del comercio extranjero; que además Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos abarcaban el negocio con Europa y las Antillas en los ramos de carne salada, pieles de todas clases [...] Mientras que los de Mendoza y San Juan, como interterráneos y agricultores, cosecha de vino, aguardiente y frutas secas, cuyo intercambio hacían con los pueblos centrales del territorio y con Chile; con el aditamento de que, con éste último quedó cortado desde el año anterior, por consecuencia de haberlo subyugado el ejército realista. He aquí pues la corografía del país que iba a servir a San Martín de base para esas grandes empresas. Pero el patriotismo de este pueblo y el talento del General hicieron brotar recursos de la nada”. (p.322)

Espejo no se cansa de repetir que “el pueblo de Cuyo fue uno de los que con más esfuerzos y sacrificios contribuyó a la formación del ejército” (p.569). En este sentido hay que entender la prolija enumeración de soldados y oficiales cuyanos que ingresaron al Ejército tanto como de las contribuciones y gravámenes que se estableció en la región durante el período de formación del ejército: se mandó ingresar al tesoro los capitales “a censo” del convento de Monjas, lo destinado a las cofradías, las limosnas de los cautivos cristianos, el capital vinculado al Colegio de ciencias. Se vendieron las temporalidades, lotes de tierra pública, el ramo de diezmos. Se impuso un derecho sobre la exportación de bebidas, se estableció un derecho al consumo de carne. El ramo de multas fue más estricto y activo. Los vecinos de Mendoza donaron las dos terceras partes de sus esclavos para el ejército. Se demora nuestro autor en describir el cuadro en el que las damas mendocinas hacen “oblación de sus alhajas” dirigidas por doña María Remedios Escalada de San

Martín (p.330 sq); la confiscación de todo elemento de hierro para la fabricación de bombas y balas (incluidas rejas, puertas, portones y herramientas) y señala, también, con detalles la última proclama por medio de la cual el General pide trapos viejos para abrigo de los pies de los soldados:

“Ciudadanos: el ejército que se prepara para el paso de la cordillera y la previsión de las necesidades del soldado es un deber de sus jefes y del Gobierno. Vosotros, generosos vecinos y habitantes de este heroica capital, no podéis dar mayores pruebas de cuanto os interesáis en la subsistencia y en la salud de la tropa, cuya poderosa máquina bien dirigida conocéis también que es la única que puede libramos. Con esta confianza y viendo que para abrigo de los pies de los soldados es lo más apropiado trapos de lana deshechos dentro de la ojota, os pide el gobierno que concurráis con este auxilio al paraje que señale cada Decurión para su percibo.

Mendoza, 17 de octubre de 1816”. (p.512).

Cuando se piensa que había que cubrir los pies de más de 3.000 infantes, la constatación de este dato, como agrega Espejo, no es superflua ya que revela “uno más de los tantos esfuerzos con que el vecindario de Mendoza contribuyó” a la causa libertadora, más meritorio si se tiene en cuenta la pobreza de la zona.

Movido por esta “afición” al detalle, al evaluar las ventajas por las cuales Rondeau privilegió el plan sanmartiniano sobre el de Carrera, afirma que los “cronistas” ocupados del caso “han dejado un vacío acerca del pueblo cuyano, por cuanto han sido omisos en explicar las razones y los detalles que apoyaron” tal decisión:

“Y más se excitará la curiosidad de los estudiosos, cuando lleguen a leer los decretos del Directorio de 3 y 10 de marzo de 1817 (en las Gasetas ministeriales n.10 y 11 del mismo mes) y encuentren que las dos banderas y un estandarte que tomó el ejército entre los trofeos de su victoria de Chacabuco,

fueron destinados no a la capital de la República como era de costumbre, sino, la primera a Mendoza, la segunda a San Juan y el tercero a San Luis”.

Y termina el apartado, en la misma página, citando los versos del poeta Lafinur, en el himno que dedicó al Colegio de Ciencias de Mendoza:

“A los héroes que fueron
¡Oh, Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió la lanza
Y su inmortalidad.

Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad”.(p.325)

Las secuencias que hacen referencia a los méritos de la región jalonan todo el texto, justificando tanto detalles como enumeraciones y decretos. Pero las palabras más elogiosas las hace salir nuestro autor de boca del gran General. Quizás uno de los más emotivos sea el oficio que envía San Martín la madrugada del 14 de febrero de 1817, luego de concluida la batalla de Chacabuco:

“Glorfese la admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile es ya nuestro”.(p.569)

O aquel otro, por medio del cual el Libertador anuncia el nacimiento de su hija:

“El General desde Mendoza escribió el 31 de agosto al confidente más íntimo que tenía en la capital, el finado General don Tomás Guido, una carta que ha visto la luz en la página 253 del tomo IV de *La Revista de Buenos Aires* en que, des-

pués de hablar de algunos asuntos de política interna del gobierno, le decía: *Sepa V. que desde anteayer soy padre de una infanta mendozina*". (p.426)

Espejo, luego de servir al Ejército nacional, fue diputado por Mendoza en 1854 y senador suplente del Congreso de la Confederación por Mendoza entre 1854 y 1855¹⁸. Es justo pensar, entonces, que este pedido de reconocimiento de méritos a la región de Cuyo se hubiera plasmado definitivamente hacia esa época. Son numerosos los historiadores que hacen referencia a la lamentable situación en que había quedado la provincia de Mendoza luego de la campaña libertadora y la necesidad que tenía de un aporte por parte de la Nación que le permitiera reconstruirse.

Conclusiones

Es evidente que Espejo sale al cruce de una polémica historiográfica respecto de la figura del Libertador que intenta rectificar con su propio testimonio: así concibe la historia y así la escribe.

Si para Mitre el "fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX" es la "aparición de un nuevo mundo republicano" y los héroes no son más que jalones en ese progresivo y constante devenir de la Historia, para Espejo el Hombre es todo: con esta premisa concibe una retórica aferrada al retrato y de tal suerte que el texto resulta una verdadera écfrasis histórica en la cual la imagen dinámica de San Martín se va manifestando en una dimensión narratológica hasta en sus más mínimos detalles.

Las consideraciones anteriores permiten inferir que la perspectiva adoptada por la enunciación, si bien, por su constante oscilación, no

¹⁸ Cfr. Gerónimo Espejo. En: Ricardo Piccirilli, Francisco Romay y Leoncio Gianello. *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires, Edic. Históricas Argentinas, 1954. T.III.

logra sostenerse como eje de la estructura, favorece, empero, la posibilidad de penetrar en la figura del Libertador con una subjetividad romántica y reflejar, de esta manera los pormenores del héroe inmerso en el círculo de su destino.

Como desde un plano retórico el retrato ocupa el lugar principal del interés dominante y la elocutio está al servicio de rescatar las virtudes del héroe, la marcha general del relato es discontinua, lenta y parsimoniosa dando pie a que lo meramente episódico adquiera una puntual relevancia. De acuerdo con esto, el tiempo interno del relato posee velocidades distintas. Esto explica que lo que se refiere estrictamente al paso de la cordillera pase con una prisa increíble y la batalla de Chacabuco, resuelta históricamente en unas pocas horas, ocupe un capítulo entero.

Por otra parte, la unidad de sentido de la argumentación está dada por el segundo tema: el rescate de los méritos que tuvo, en la campaña, la “ilustre” provincia de Cuyo.

Hemos señalado, de alguna forma, cómo este tipo de crónica-memoria contribuyó de manera especial a configurar lo que se podría llamar, en el mejor de los sentidos, la “mitología de la Independencia”. Y, desde el punto de vista de una filosofía de la historia, advertir cómo, para nuestro autor, armado de una visión estética del problema, el Hombre es el piloto de los tiempos.

RESUMEN

En este trabajo se realiza un análisis de El Paso de los Andes del Gral. Gerónimo Espejo abordando dos planos. En el plano estructural se estudia el comportamiento de la primera persona y su dimensión autobiográfica. En el plano del sentido se observa la presencia de dos temas rectores que dan cuenta de la intención del autor: el retrato heroico del Gral. San Martín y el aporte que la provincia de Cuyo hizo a la causa libertadora. Sobre la base de estos aspectos, Espejo erige el texto como un discurso contestatario que tiene por objetivo rectificar una opinión contraria respecto del Gral. San Martín y de las ciudades cuyanas en el momento de su producción.